

MODIFICACIONES RECIENTES EN EL HABITAT DE ALGUNOS MAMIFEROS PAMPASICO-PATAGONICOS. IMPLICANCIAS ARQUEOLOGICAS.

(RESEÑA)

POR JORGE FERNANDEZ

Casamiquela, Rodolfo M.: Nota sobre la dispersión, en época histórica, de algunos mamíferos en el ámbito pampeano-patagónico. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, IX: 111-117. Buenos Aires.

En tan breve como interesantísimo trabajo, el doctor Casamiquela nos brinda una valiosa documentación referente a la difusión que, en época relativamente próxima en nuestros días, habrían tenido cuatro representantes de la fauna mamalífera en los deslindes de los distritos zoogeográficos patagónico y pampásico: el aguaraguazú o lobo de crin (*Chrysocyon brachyurus*), la nutria verdadera o lutra (*Lutra provocax*), el ciervo de las pampas (*Ozotoceros beozarticus*), y el pecarí (*Pecari tajaçu*). La misma diferenciación de los ámbitos geográficos aquí involucrados (Pampa-Patagonia), es difícilísima y muy generalizada, pues hasta el presente no se ha establecido un criterio definido para los límites de una y otra. Si bien en el sector de influencia atlántica por lo general se acepta el curso transversal de los ríos Colorado y Negro, hacia el oeste las cosas se complican bastante por la inserción muy hacia el norte de una vasta cuña de influencias patagónicas que se adentran en la Pampa y en la provincia fitogeográfica del monte. A esta enorme cuña occidental, con vigencia sobre el habitat y modalidades de vida de plantas y animales, también será preciso tomarla en cuenta para la reconstrucción de los procesos de difusión cultural.

Las implicaciones que el asunto puede guardar en determinadas oportunidades con la problemática etnográfica-arqueológica vigente en ambas áreas, es simplemente extraordinaria. De esta última, ya se ha ocupa-

do el autor que reseñamos en dos magníficas monografías anteriores (Casamiquela 1965, 1969), acerca de las cuales desconozco comentarios escritos, a pesar de la enorme repercusión que indirectamente han tenido sobre la concepción generalmente circulante del poblamiento pampeano y norpatagónico. Salvando las distancias, considero que la breve nota que comentamos, viene a complementar, en más de un sentido, aquellas densas monografías. Sin embargo, creemos ver que la presente no ha despertado entre los arqueólogos un interés condicente con el que —por otro lado—, se presta a los aspectos meramente osteológicos de la (etno)zoología, situación que creemos se transluce en la nutrida bibliografía de esa temática últimamente aparecida.

El desconocimiento del común acerca de las características de nuestras faunas, de sus patrones de dispersión, etc, aún desde un punto de vista no sistemático, es simplemente fenomenal y aún perceptible en el tratamiento de problemas a un alto nivel académico. Contrasta, evidentemente, con el enorme cúmulo de conocimientos atesorado por sencillas gentes de campo —nuestros peones de excavación, muchas veces— en el supuesto de que se trate de áreas restringidas con las que están familiarizados. Hay situaciones sumamente ilustrativas respecto al hecho apuntado: aún se insiste —y hasta con algún apasionamiento, por cierto—, en la presencia del paco o alpaca en el sector altoandino saltojujeño, a la vez que se niega la posibilidad de la existencia del guanaco (*Lama guanicoe*) en el Chaco central, o de la ardilla nuecera (*Leptosciurus*) en la zona boscosa de Jujuy, donde todo el mundo podría verlos hoy, sin dificultad, si se lo propusiera. Así ocurre con hechos acerca de los cuales todos suponemos saber tanto, y respecto de los cuales no estamos sino en los inicios; y, en el caso concreto de los mamíferos, ignoramos o desconocemos tantas cosas, que muchas de nuestras conclusiones están permanentemente expuestas a resultar falsas, ya que muchas veces los estratos entregan restos que, o no pueden integrarse a nuestra personal concepción de la situación cultural entonces imperante, o no engranan en el conjunto faunístico aceptable para la región. Aquí es donde se arriesgan a naufragar, o han naufragado ya, sucesivas “estrategias” o “diseños” de trabajo, nada más que por lo que implica el choque con los escollos en apariencia nimios de un detalle osteológico mal interpretado. En otro orden, y hasta no hace mucho, el hallazgo de varias puntas de proyectil en una zona determinada nos compelería casi irresistiblemente a poblar su pasado con grupos de cazadores; en la actualidad, la presentación de restos fragmentarios de camélidos en un conjunto cultural agroalfarero, nos conduce preferencialmente a asignarlos a la especie domesticada (*Lama glama*), antes que a la salvaje (*Lama guanicoe*) del mismo género, sin embargo que no existan indicadores claros para el sustento de esta preferencia arbitraria; simplemente, damos por sentado que un grupo agroalfarero ha debido tener contacto con la especie domesticada (con la consecuencia de que por lo menos lo converti-

mos en parcialmente ganadero), y no practicado la caza de la especie silvestre, y procedemos en consecuencia. Situación que evidentemente, no se presentaría tan fácilmente si aún frecuentáramos la lectura (o la investigación?) de viejos cronistas y viajeros —tan olvidados a consecuencia de la prédica desprestigianete de más de un cuarto de siglo de duración—, o si por lo menos procurásemos adquirir un conocimiento cuando más no fuera empírico de la fauna aún sobreviviente en las áreas que excavamos.

Pareciera, pues, que el arqueólogo prefiriera limitarse a entregar huesos a otros especialistas, y obtener listados de géneros y especies con el que elaborar estadísticas, y desentenderse por completo de las relaciones sin duda estrechas que en todo momento han existido entre los hombres, los animales y el medio o ambiente que ha rodeado a ambos, olvidando que fuera de los estratos sobrevive intensísimamente, vigorosamente, un registro “etnográfico” de los vínculos entre hombres y animales, que a veces pueden ser los mismos que investigamos interestratificados. Estudios como el de Casamiquela abren posibilidades al trabajo arqueológico, porque nos posibilitan estar permanentemente atentos a la sutil movilidad de los ordenamientos de la naturaleza, tan cambiantes a veces como los culturales. El problema o limitación que entraña la última posición, cuya adopción propiciamos, es que nos impide ver con claridad dos cosas: 1º) cuándo trabajamos con objetos o restos concretos, y 2º), cuándo lo hacemos con ideas, conceptos altamente elaborados y complicados, es decir, con mitos. Leyendo más adelante esta somera reseña, se verá que hay momentos en que ciertos animales, previa hibridación conceptual y fisionómica, son mitificados; tienen, sin embargo, tanta vida en la imaginación primitiva (y aún diría popular), como cualquier otro ser real. Los zoólogos que analizan los restos óseos procedentes de nuestras excavaciones deben, por principio, limitarse a trabajar exclusivamente con esa realidad; pero el arqueólogo puede, y aún diría que debe, explorar ese otro vasto mundo de los animales míticos, que a veces coincide y condice, pero otras no, con el conjunto de realidades emergentes del proceso de excavación.

Pasemos ahora a considerar las novedades aportadas por Casamiquela: lo haremos de la manera en que a nosotros nos parece debe efectuarse una tarea de esta índole, es decir, ampliando y engrosando, en la medida de lo posible, el caudal de documentación aportada por el Autor, con cuya tesis general coincidimos por completo. Antecedentes probatorios no faltan, ciertamente, aunque en algunos casos pareciera que aquél no ha querido sobrecargar excesivamente el aspecto documentatorio, restringiendo los registros y las citas a un mínimo indispensable. Será fácil apreciar que, mientras que a él le han interesado particularmente las prolongaciones o divertículos faunísticos australes —con lo cual a nuestro entender adopta una criticable posición “pan—patagónica”, o que por lo menos focaliza demasiado acuciosamente en la Patagonia, exceso ya apreciable en sus meri-

torios estudios etnográficos anteriores—, a nosotros nos interesa además la extensión occidental de esos aspectos, pues no en vano hace veinte años que tenemos puestos las vistas y los pies en el Neuquén.

I. Con respecto a la mayor dispersión austral del aguaraguazú, es evidente que la cita comprobatoria transcrita por Casamiquela en la pág. 112 corresponde en realidad al P. Sánchez Labrador (MS 1772, 1936: 170), y no al P. Cardiel, como afirma. Como es sabido, los manuscritos del jesuita permanecieron inéditos varios siglos (Furlong, 1957); así, la primera descripción édita del aguaraguazú se debe a Félix de Azara, quien por ello fué considerado mucho tiempo su descubridor en el Paraguay y limitó su habitat austral hasta el Rio de la Plata. Otra persona, pues, pudo haberse equivocado con el aguaraguazú, pero no su verdadero descubridor y primer descriptor en el Paraguay; de manera que la identidad de este cuadrúpedo, que “ellos (los Theuelchos o Patagones), llaman Guequén; que es el Aguaraguazú de los Guaranís” (Sánchez L., 1938 (1772): 74), debiera ser puesto fuera de duda, por más que se nos presente en el ámbito del sur de la provincia de Buenos Aires.

Es una pena que Casamiquela no nos haya dado de paso su opinión respecto a la validez de la identificación del vocablo *huelquén* (= aguaraguazú) en la lengua de los tehuelches descriptos por el P. José Sánchez L., con el topónimo actual correspondiente al río Quequén, aspecto en el que ya incursionara Vignati (1938: 127–128). No deja de ser notable que en el vocabulario de los tehuelches del norte (Outes, 1928: 280), debido a Hunziguer, figure la voz *huica* para designar al *aguará* (guazú?). ¿Se trata del mismo animal? Aparentemente, por lo menos, existe cierta similitud textural entre *huelquén* y *huica*. De todas maneras, Casamiquela piensa que la designación *huelquén* es de origen araucano (de *weque*, la llama); cosa rara, ya que pareciera que los araucanos más bien se han inclinado a respetar los nombres locales de los animales (*naunau*, en el caso del peludo; *covud*, tal vez en el de la tortuga; *choique*, en el del ñandú, etc.), y de las plantas (*ñire*, roble arbustivo o rastrero, el *michi*, el *huingán*, etc.), inexistentes o poco difundidas en su centro de origen trasandino.

Lo expuesto hasta aquí sirve para registrar o establecer el límite austral de dispersión del aguaraguazú, por lo menos hasta el grado 38 de latitud sur, en determinado momento; pero existirían además otros argumentos como para determinar una dispersión occidental igualmente mayor y distinta de la actual, acerca de la cual, hasta el presente, ignoro se hayan hecho mayores comentarios. Posiblemente Casamiquela no ha conocido la información que de inmediato daremos sobre la dispersión occidental del aguaraguazú, y ello ha de ser lo que lo ha impulsado a desecher al *oop* citado por los pehuenches que acompañaban a Luis de la Cruz en su viaje a través de la Pampa, que seguramente es identificable con el aguaraguazú y

no con un lutrino, como decididamente se inclina a admitirlo.

En primer lugar, es preciso destacar la información dejada por De Moussy (1860, vol. II, pág. 6), quien se refiere al *loup rouge d' Amerique* (*Canis jubatus*, *Canis rufus* Linné), por otro nombre aguará o aguará-guazú. A parte de su habitat generalizado en la región subtropical, dice De Moussy que habita *dans les grandes ciénegues de Mendoza et de San Juan*". Reitera la información en el tomo III de su obra (1864: 500-501), así como en su mapa zoogeográfico (1873: Planche XX). Las ciénagas a que alude este autor corresponderían a los rebalses periódicos del Desaguadero y Bermejo, zona limítrofe de las provincias de Mendoza, San Luis y San Juan.

Nicanor Larraín (1906: 336-337), manifiesta al referirse al distrito Cochagual de Guanacache, que es "el lugar donde más abunda el poco conocido aguará". Y agrega: "Llámase yaguará, alguaraz, aguará-guazú y guará". Agrega una descripción pormenorizada y extensa, aunque aquí irreproducible, que juzgamos importante porque ha visto al animal, y nos explica que "habita los terrenos pantanosos y es común en Cochagual, Pinchagual y lagunas de Huanacache; busca siempre las regiones cálidas, y el último que hemos visto llevado en jaula y con el mayor cuidado para Chile, nunca perdió su fiereza que lo hace indomesticable, muriendo de frío en el Paramillo de Las Cuevas". Existe por aquellas regiones un topónimo, Yalguaraz, que no me parece una casualidad.

También Richard Arthur Seymour (1947: 111-112), refiriéndose a hechos ocurridos entre 1865-1868 en la frontera sureste de Córdoba, narra que en una oportunidad dieron muerte "a un lobo que debía andar por allí accidentalmente, pues proviene de regiones más boscosas. Su piel es de un bonito color marrón rojizo, con el pelo muy largo". En nota infra-paginal, el traductor de la edición en lengua española, D. Justo P. Sáenz, agrega: "El autor escribe lobo (*wolf* en inglés), pero coloca a continuación y entre paréntesis la palabra "yaguarrás". Se refiere pues al aguará-guazú (*Canis Jubatus* de Azara), etc."

A Greslebín (1961: 67), debemos datos importados referidos al registro del aguaraguazú en San Luis. La redacción de su trabajo corresponde a 1923, pero interroga a un informante —el indígena Quintino Toledo)—, quien tenía 22 años en 1864. Dicho testigo afirmaba la existencia del aguaraguazú, de chanchos salvajes, y de otros desaparecidos elementos de la fauna de entonces.

Con lo expuesto, ya no me parece tan aislada o disyunta la posición del oop a que se refería Luis de la Cruz, verificada en las juntas del Potrol con el Chadileufú (Pampa central), también en un ambiente de vegas y

ciénagas, eminentemente acuático. Tanto el grito del hipotético oop, como el del aguaraguazú tienen en común el resultar desagradables y aún inquietantes a nuestro oído (ver la reacción provocada a los tehuelches, en la citada obra del P. José Sánchez L. (1936: 74-75), aunque no hay un acuerdo definitivo en lo referente a sus características: Larrain (Op. cit.), expresa que, según Azara, "*hurle et aboie comme le chien*" (vol. II, pág. 86).

Para terminar esta ya larga exposición de datos referentes a una anterior (aunque próxima) dispersión mayor del aguaraguazú, expondremos algunos acopiados de la obra del infaltable Musters, ahora nuevamente en relación al límite austral del referido cánido. El intrépido viajero (1871: 99), expresa textualmente que "*it is possible that the aguarra found in the valley of the Rio Negro may also haunt these districts*", con lo que no sólo atestigua su presencia en el Río Negro, sino que supone posible su existencia en la zona del lago Nahuel Huapi y región extendida al sur de él. Y reitera su información hacia el final de su obra: "*The same is true of the Viscache and the Aguarra (Lupus manatus)*, (según los indios tehuelches, en el sentido de que no se lo halla al sur de la travesía sur del río Negro), *though the latter is probably to be met in the spurs of the Cordillera*".

En definitiva, y como conclusión, parecería posible y aún probable extender el habitat austral de *Chrysocyon jubatus*, aún durante el siglo pasado, a las regiones caracterizadas por la existencia de bañados extensos como aspecto ecológico preponderante, hasta la latitud de 41°, desde el pie de la cordillera (lago N. Huapi), y a lo largo del río Negro hasta su desembocadura en el Atlántico.

2. La dispersión nororiental del huillín o lobito de río.

Ya hemos visto en la discusión anterior que Casamiquela se inclina a considerar identificable al oop del que los pehuenches hacen mención a Luis de la Cruz en 1806, antes con el lobito de río o huillín, que con el aguaraguazú, que es lo que nosotros pensamos. Evidentemente, el viajero chileno no conoció más que por referencias al oop; pero que al menos no podía confundirlo con el huillín, queda comprobado suficientemente dado el perfecto conocimiento personal (y aún familiaridad con sus rasgos), del segundo. Así se expresa el explorador (MS 1806, 1969: 433): "De las aguadas de los Andes, y aún de los mallinales más húmedos, toman los indios, con perros, muchos güillines o chinchimenes, que son una especie de gatos marinos, cuyo pelo interior es tan fino como la seda, y no menos suave. De este pelo fabrican sombreros tan finos y durables como los de castor que traen de Europa".

Evidentemente, de la Cruz no confunde al huillín con el coipo, quiyá

o rata nutria (*Myocastor coypus*), pues insiste poco más adelante en que “el pelo (de ciertos gatos monteses), no es tan suave como el de los güillines; hay también coipus entrepardos. . .” (Op. cit., pág. 433). En cuanto al chinchimén a que alude de la Cruz, no es otro que el chungungo (*Lutra felina*), que los chilenos llaman gatos de mar (Cabrera y Yepes, 1940: 156), o nutria de Magallanes, la cual es de hábito marino y habita hasta la T. del Fuego.

Parecería entonces que por el momento no fuese conveniente extender tan al nororiente la dispersión del huillín (la cosa es distinta respecto a otros mustélidos, como *L. platensis*, que puebla desde el Plata al N. hasta Matto Grosso); por lo menos, no sobre la base de la información que hasta aquí nos ha provisto de la Cruz, quien coloca en rangos muy diferenciados al guillín o lobito de río (*L. provocax*), al quiyá o coipo (*Myocastor coypus*) y al ya mítico oop, al que nosotros insistimos en identificar con el aguaraguazú. Recordemos que del oop no sólo le hablan los pehuenches cordilleranos que le acompañan desde el comienzo de su viaje, sino también los ranquiles del Mamilmapú, que poblaban por entonces al noreste del Chadileo.

En cambio, otra cosa interesante hallamos en la narración de Luis de la Cruz, y es la descripción que los indios le proporcionan de “otros animales como gatos, muy bravos, que matan a los caballos, y nombran “nirribilos”. Resulta asombroso que también Musters (1911:215), traiga referencias similares. “Los indios decían que era imposible que un hombre cruzara ese río. . .a causa de los animales feroces que denominaban “tigres del agua”, los que infaliblemente atacaban y devoraban a cualquiera en el río. Los describen como unos cuadrúpedos amarillos más grandes que el puma. . .Ese animal debe ser una especie de nutria grande y oscura, con el pecho naranjado, que existe en el Paraná; pero el relato de los indios es curioso, porque se relaciona con el nombre del lago: Nahuel Huapi o “Isla del Tigre”. Sin embargo, ese lago se encontraba aún a bastante distancia al norte, pues Musters se encontraba en ese momento en el paradero de Sengel.

Sería oficioso decir que la traducción del “nirribilo” de de la Cruz significa literalmente “zorro—Vibora” en araucano”, lo cual nos pone por medio del camino con un conjunto de seres míticos ya intensamente estudiados por Lehmann Nitsche (1902: 275—276), a saber: el *chinchimén* de Fébres; el *chimchimén* de de la Cruz y Gay; el *Jémechim* de Ramon Lista; el *Yem'chiem* de F. Moreno; el *Jemich* de Carlos Ameghino; el *Hymché* de Tournouër. Evidentemente, nos hallaríamos circunscriptos en un círculo cerrado si, como al parecer fundadamente, la secuencia nürüvilo, chimchimén, etc, correspondiera decididamente a la lutra, marina o fluvial.

La primera sorpresa que nos llevamos en todo esto, es que también el gato marino (*L. chilensis*), o sea la ya citada especie adaptada a la vida en el mar, se presenta en latitud tan boreal como la costa norte del Perú, especialmente en la zona guanera y de pesca próxima a El Callao. En el primer lugar citado, atacaba a las aves productoras del guano, y por lo tanto fué muy perseguida. Más todavía, Valcárcel (1932), se refiere al "gato de río" que en el Cuzco es llamado *Mayupuma*, o sea "puma del río", en el Apurímac y Villcamayu. Dice que su nombre en aymara es *titi*, y concluye que el mayupuma o titi es la "nutria" de los ríos peruanos (en la zona norte de Argentina de influencia aymara, *titi* se reserva para los gatos pajeros, también llamados *oscollos*; existe en Salta un interesante topónimo: Titiconte (también yacimiento arqueológico).

Prosiguiendo con los antecedentes que proporciona Valcárcel éste dedica su interesante trabajo a identificar probables representaciones de la lutra (marina o fluvial), en la portada del Sol de TILUANACU y en la cerámica Nazca y Paracas (Op. cit., Láms. I y II), e incluso intenta reconstruir el proceso de antropomorfización de la nutria. Además, el estudioso peruano dio magníficamente las características físicas y las costumbres de este anfibio, que aquí sintetizamos. Cuerpo alargado, de alrededor de 80 cm. Cabeza ancha y deprimida, cara corta muy estrecha. Orejas cortas, casi ocultas. Hocico redondeado, grandes mostachos. Ojos pequeños, redondos, muy vivos. Cola larga, hasta de 45 cm, de forma cilíndrica. Pelaje corto, muy apretado, lustroso; por debajo, borra espesa, corta. Dos glándulas olorosas junto al ano. Nada con facilidad y muchas millas. Vive en cavernas subacuáticas. No se moja apenas. Nada mejor que los peces y en distintas posturas. Domina, pues, el agua. Se mueve en tierra como culebreando, con gran ligereza se retuerce y gira, trepa como los gatos y se aleja hasta lo alto de las montañas. Puede estar en seco indefinidamente, las huellas que deja en el suelo son inconfundibles: garras y membranas de plantígrado. Su grito de celo es como silbido agudo. Mucha visión y finísimo oído. Percibe la presencia del hombre a centenares de pasos. La cola larga, más de la mitad de la longitud total del cuerpo, se mueve zigzagueante como una culebra, parece animada de por sí. Su mirada es de felino, fosforece y se clava agudamente en quien la observa. Viviendo en la tierra y en el agua, a la orilla del océano, en las islas del litoral, en las riberas de los lagos o en sus islotes, a las márgenes de los ríos, incursiona sobre los campos sembrados y se nutre de los primeros frutos. Se le encuentra en las costas, en la sierra y en las regiones de los bosques. Es universal, condición saltante que ha debido influir en su transformación mítica".

Este zorro del río o nürüvilo, o mustélido de alguna manera emparentado, también habría existido, según el testimonio de Luis de la Cruz, en los esteros del Chadileuvú, Pampa occidental. O bien existía el animal, o bien se manifestaba allí una corporización de su mito; hecho que, por otra

parte, se produce a cada tanto en diferentes sitios del occidente argentino, preferentemente en los ambientes lacustres. Personalmente, la última resurrección del mito que conozco, se ha producido este año en Mallín Nauquén, cerca de Choschoymallín y Moncol, departamento neuquino de Ñorquín.

El ñürüvilü es un caso ejemplificador del proceso de emersión de un mito que abarca una enorme extensión geográfica. Tal vez junto con el Ellengassen sea de los de mayor difusión territorial en el extremo sur de América; Casamiquela cita al *su* o *sucarath*, pero éste pocas similitudes tendría con los anteriores. Ya Casamiquela, en un trabajo anterior, ha desbrozado profundamente en la imagen mítica del Ellengassen; éste sería el caso de un animal fantástico en pleno proceso de antropomorfización. En cambio, Nürüfilu no pierde ninguna de sus características (físicas y etológicas) zoomorfas en parte alguna donde haya sido registrado; es más, Lehmann Nitsche pensaba que el zorro de agua había incorporado rasgos físicos y costumbres de otros animales —aparte de la lutra—, *v. gr.* del tigre o yaguareté. Es, fundamentalmente, un animal, y permanentemente su comportamiento es el de tal.

En cuanto al *su* o *sucarath*, no debiera ya ponerse en duda que corresponde a la representación de un didélfido que a mi modo de ver nada tiene de mítico. Corresponde, sencillamente, a la representación de una comadreja tal como podía ser interpretada sin conocerla, por un dibujante del siglo XVI. En rigor, el engendro aparece por primera vez ilustrado en la obra de A. Thevet: "*Les singularitez de la France Antarctique, autrement nommée Amérique et de plusieurs terres et isles découvertes de nostre temps*", editada en Paris, año 1558 (existe una edición de 1878, anotada por P. Gaffarel), con el nombre de *su*. La idea fué luego tomada por un par de jesuitas, entre ellos P. Lozano, autor de la *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1740—1746) donde se presenta con el nombre de *su* o *sucarath*; todo lo cual ha sido ya suficientemente explorado y aclarado por Cardoso (1916:432—434); lo que no dice este último es que de allí lo exhumó Florentino Ameghino, en busca de argumentaciones favorables para la sustentación —demasiado artificial ya—, de su *Neomylodon listai*. Evidentemente, la comadreja ha tenido mala suerte desde el principio en su "iconografía" vetusta; pues en la ilustración de la obra de Fernández de Oviedo *Historia General y Natural de las Indias*, lo que allí aparece figurado como tal, corresponde en realidad a un canguro (lo que es extraordinario, porque Australia fué descubierta por Torres en 1605, mientras que F. de Oviedo escribió su *Historia* entre 1535 y 1557; ahora bien, lo que ignoro es si los grabados pertinentes son también de esa época, o si son un agregado de J. A. de los Ríos, en la edición de los 4 tomos de la obra, entre 1851 y 1855).

3. Con respecto a la extensión austral de *Ozotoceras bezoarticus*, es nada lo que puede agregarse a lo dicho por Casamiquela, debido a que por lo general con el vocablo "ciervo" se abarcan géneros muy diferentes. Es en forma demasiado vaga que Musters, de la Cruz y Hudson se refieren a tal animal; algo similar ha ocurrido con el huemul. De acuerdo con la toponimia, la dispersión de este último habría sido verdaderamente amplia en la vertiente argentina de la cordillera, pero muchos cerros supuestamente "huemul", tan resultado ser "huenul" término topográfico de origen araucano muy difundido.

4. Veamos ahora algunos datos antiguos referentes a la dispersión del pecarí. Los dos casos que aporta Casamiquela se refieren a registros verificados en la costa atlántica a la altura del Colorado; a nosotros nos interesará llevar en primer lugar ese límite más al sur, hasta el río Negro, y luego al occidente. El Autor se refiere alternativamente a chanchos salvajes y pecaríes, los primeros originados en animales escapados de las haciendas y estancias del sur de la provincia de Buenos Aires. Evidentemente, hay información acerca de ambos —pecarí y cerdo salvaje—, y aún jabalíes. La información obtenida de Zeballos, citada por Casamiquela, no es muy segura, y en cuanto a la de Doering, sólo la trae, al parecer, siguiendo al primero.

El primer argumento favorable que podemos dar en cuanto a la presencia del pecarí en las costas del río Negro, corresponde a un observador tan agudo de la naturaleza como lo fuera Guillermo E. Hudson. La fecha de edición de su obra es de 1892, pero data su viaje al norte de la Patagonia de 1870. Hudson (1956: 49), pues, expresa lo que sigue en relación a los restos óseos hallados por él en un paradero indígena del valle del río Negro, más o menos a cien kilómetros de su desembocadura: "En algunas de las ruinas que examiné, a pocos pasos del lugar en que se alzaban las viviendas, hallé depósitos de huesos de animales que habían servido de alimento a los salvajes. Eran de ñandú, guanaco, ciervo, pecarí, liebre de la Patagonia, mulitas, nutria, vizcacha y otros mamíferos y aves de menor tamaño. Los más abundantes pertenecían al cui (*Cavia*), un tipo de conejito de Indias, y al tuco o escondido (*Ctenomys*), un pequeño roedor con las costumbres de los topos". El punto es importante, ya que Hudson distingue perfectamente entre pecarí y chanco salvaje; veamos lo que dice en la pág. 63 de la obra citada: "Cercana a la desembocadura del río (Negro), se encuentra una isla baja y llana, de cerca de un kilómetro y medio de largo, cubierta en su mayor parte por una densa maraña de pastos ásperos y juncales. Está habitada por una piara de chanchos que, aunque no aumenta su número, ha logrado subsistir mucho tiempo sin decrecer (25 o 26 chanchos).

Veamos ahora la posible dispersión hacia el oeste. Luis de la Cruz

(1969: 434), nos informa que “En las riberas de este río Chadileubú, y del que se le sigue, hay muchos cerdos alzados; su origen es ignorado, pero con atención a que estas tierras son habitadas de indios desde inmemorables tiempos, según me han dado razón los pegüenches, habrán procedido de algunos que dejaron en sus mutaciones”. Y en nota infrapaginal, agrega: “No comen cerdos estos indios (se refiere ahora a los pampas, y ranquelinos), ni los tienen, pues yo les dí jamón, y apenas si lo probaban algunos”.

Más hacia el oeste ya no hay información acerca del pecarí, sino sobre chanchos salvajes y jabalíes. Morales G. (1938:55), transcribe el interrogatorio a que fuera sometido un cautivo escapado de los indios (noviembre de 1786), quien junto a otros compañeros de empresa había expedicionado por el sur de San Luis con el fin de recolectar miel y cera silvestres. Habiendo reunido ya seis cargas de la primera, y una de la segunda, hicieron un real y se dispusieron a la caza de jabalíes para su alimentación, siendo entonces sorprendidos por los indios.

También encontramos referencias aprovechables en el *Diario* de exploración de Day (en Olascoaga, 1881: 408—411). El viajero sale de San Rafael, año 1853, y remonta al Atuel y Chadilevú. En Luan Magüiza encuentra “bosques algarrobales, haciendas de diversas clases alzadas, huanacas numerosas, javalíes y varios otros animales”. En Soitué hay también “muchoa hacienda alzada y caza de chanchos javalíes. En Currubaca, igualmente, que es un lugar pastoso, con montes de algarrobos y chañarales, con muchos chanchos javalíes”.

Apreciamos que todos los autores comentados en último término —salvo Luis de la Cruz, que menciona claramente al chanco salvaje o alzado—, los demás hacen referencia al “chanco javalí”. ¿Se trata de este último, realmente, o existe una posible aunque muy velada referencia al pecarí? La dilución del asunto es imposible ahora, pero tal vez pueda serlo algún día a través de la arqueología. De todos modos, estas posibilidades, aunque lejanas, deberían ser tomadas en cuenta al efectuar el análisis de materiales óseos de proveniencia estratigráfica, desechando cualquier prejuicio al respecto. Lamentablemente, los tres casos que nos han ocupado no son más que una mínima parte del conjunto tentable; queda aún abierta una larga serie de interrogantes planteados por elementos integrantes de nuestra fauna, sea a su dispersión pretérita, o a sus relaciones con el indígena. Aunque forman un continuo con lo anterior, no han sido tratadas por el Autor, y por lo tanto estarían fuera de esta reseña. Valga, al menos, formularlas para la posible curiosidad ajena: ¿hasta dónde, por ejemplo, se dispersa hoy el cui (*Cavia*, *Nanocavia*, *Microcavia*, *Herodon*, etc)? Lo tenemos en los Andes, en la Pampa y en la Patagonia; existen topónimos relacionados con él, hasta en el Chubut. ¿Hemos to-

mado debida conciencia de que este animalito, en apariencia despreciable, junto con la llama y la alpaca forma la trilogía de las especies suramericanas domesticadas?

¿Y qué decir del tunduco, o kus—kus (*Ctenomys*), presente desde la Tierra del Fuego hasta las frías tierras altas andinas? Su importancia para el hombre explotador de las regiones áridas durante la prehistoria ha tenido que ser extraordinaria, y parecería que recién ahora la comenzamos a comprender; más de un presunto grupo de “cazadores superiores” ha debido alimentarse durante temporadas enteras con la carne de su diminuto cuerpo. Y si bien hasta ahora se nos había ocurrido insistentemente en las posibles prácticas del desecamiento (charqueado) de las carnes excedentes, ello ha sido en relación con las especies grandes, especialmente la llama y el guanaco. Ahora empieza a columbrarse hasta la posibilidad del comercio intertribal de cuerpos disecados o en conserva de tunduco (por ejemplo, entre onas y haush), que tanto recuerda al charqui de pato que los uru traficaban con los aymara en pleno altiplano.

En 1957, en el departamento neuquino del Ñorquín, he tenido ocasión de conocer y tratar una familia indígena cuya alimentación carnívora se basaba exclusivamente con la carne de piche (*Zaedyus piche*), complementada con productos vegetales como el ñaco (trigo tostado y molido burdamente). La familia en pleno participaba en diarias cacerías, en sociedad con los perros. No habían huesos —ya que devoraban totalmente estos últimos—, pero la cantidad de “cáscaras” amontonadas a la vera —y hasta en el techo— de la “ruca”, era impresionante. Entonces tomé esta situación como casi una aberración —el olor a peludo lo contamina todo, hasta la respiración—, pero luego he podido comprobar allí y en otras zonas que tal práctica tiene su prolongación en sitios arqueológicos estratificados. Pero ¿Por qué allí sí, y en otras partes no? Más tarde pude darme cuenta de que la distribución de estos animales no es uniforme, sino que constituye islas o archipiélagos, cuyas causas de conformación, sin duda ecológicas, tampoco están estudiadas. Pero la situación halla su réplica en el lejano norte, en las regiones del Chaco y de la ceja de selva subandina, donde miles de hectáreas están siendo desmontadas para su aplicación a la agricultura, y donde la fauna local superpuebla las escasas islas de monte virgen restantes. Jamás he tenido una visión más exacta de la guerra y de la destrucción en vasta escala, aunque esta vez sufridas sus consecuencias por la indefensa población de la selva, que acorralada en aquellos reductos es diezmada despiadadamente por los cazadores actuales, los de la era del avión, la peonada de los establecimientos, que no vacila en estructurar su dieta alimenticia tan heterogéneamente y abarcando especies que comprenden desde el oso hormiguero, hasta el gualacate, el perezoso y el lagarto. Todo bicho que camina, en fin.

Nos hemos acostumbrado a pensar en especies más aparentes que

otras para la alimentación aborígen —guanacos y vicuñas, siempre—, y desechamos las que nos desagradan, y entre éstas particularmente el zorino. Pero ¡qué notable cantidad de huesillos del nefítico mustélido hallamos en los paraderos norpatagónicos! Sin duda alguna, especies verdaderamente deseables han sido en el pasado el yaguareté y el puma, especialmente el último. Lehmann—Nitsche (1908), decía que la patria del tigre americano alcanzó en otras épocas hasta mucho más al sur, tal vez hasta el estrecho de Magallanes, y que “el límite austral de su habitat poco a poco se transfirió más al norte”. Basa sus conclusiones en la onomástica, en la toponimia, en datos de viajeros; en general, el conjunto no resulta muy convincente, pero de una difusión más austral del tigre casi no pueden quedar dudas. Y aquí una duda personal: ¿en qué medida pudo haber influido la difusión hacia el sur y el oeste de vacas y caballos —y hasta del cerdo salvaje, según hemos visto—, en la propia dispersión del tigre, del puma y de otros carnívoros hacia los mismos rumbos? Santiago Avendaño (1867), ha dejado un testimonio creíble de la enorme cantidad de tigres por él encontrados a lo largo del valle del Chadi-leuvú en su fuga hacia San Luis desde Nahuelmapu.

Mucho nos queda por decir de dos misterios zoológicos, el pichi ciego mayor (*Burmeistera*) y menor (*Chlamyphorus*). Verdaderamente es penoso tener que admitir la ignorancia completa que mantenemos en torno a estas dos maravillas de nuestra fauna, verdaderos fósiles vivientes, si bien es preciso reconocer que sus relaciones con el hombre se presentan como verdaderamente dudosas, como no sean los inicios de otro mito. De otro mustélido, el quique (*Lyncodon*) sólo podemos sospechar su existencia en algunas zonas merced a los numerosos topónimos El Quique o Los Quiques que adornan nuestra cartografía. Del yaguarandí o gato eyra es realmente poco lo que sabemos en cuanto a su habitat; de su presencia en Mendoza no caben dudas con posterioridad a los estudios de Minoprio.

Sin embargo, interrumpamos la lista, que debiera no sólo limitarse a los mamíferos, sino ser extendida a la fauna alada y a la invertebrada. ¿Quién hubiera podido decir unos pocos años atrás, por ejemplo, que la malacofauna hubiera desempeñado un papel de tanta significación en la economía de los “cazadores” del noroccidente patagónico? Estos, a no dudarlo, practicaron su recolección por lo menos con igual intensidad que los fueguinos, de manera que aunque sus restos hicieron su inicial presentación arqueológica en el interior de las minas de sal de Triuquico, norte del Neuquén, hoy estamos en condiciones de poder hablar de verdaderos conchales en las costas de los ríos Linay y Neuquén. Pero, esto será motivo de publicaciones próximas; momentáneamente, nos limitaremos a expresar que estudios como el aquí analizado, conjuntamente con excavaciones conducentes y oportunas, habrán de conducir a un mejor

entendimiento de las antiguas dispersiones faunísticas y sus relaciones con el hombre. Lo primero es sólo un decir, pues no se me escapa que la verdadera solución del problema se halla en el fondo de los lagos de petróleo (*v. gr.* Cacheuta y La Brea, occidente y norte del país, respectivamente), pues ellos pueden ofrecer un registro faunístico completo desde el Neopleistoceno (y a veces desde antes), al Actual, con ejemplares íntegros, o casi. En 1970 hice los primeros ensayos (me interesaban los insectos de la Puna por su posible valor indicativo del clima holoceno), que luego hube de abandonar ante la falta de interés por el estudio exhaustivo y especializado de los ejemplares obtenidos con tanto trabajo (y a riesgo de quedar uno mismo entrampado allí).

Para terminar ya, deseamos felicitar al doctor Casamiquela por haberse esforzado en una tarea que, aunque meritísima y útil a todos, no es nunca valorada como debiera serlo, a la vez que a animarlo a la continuación de la misma, ya que para ello reúne condiciones que escasamente se dan juntas: vasta erudición —condición asequibles a muchos—, asociada a una bastante más rara capacidad de comunicación y acceso a esa sabiduría fundamentada en experiencias que conforma el a veces envidiable mundo de las gentes de campo.

BIBLIOGRAFIA

- Avendaño, Santiago (1867): La fuga de un cautivo de los indios
En: *Revista de Buenos Aires*, 14: 414-430;600-609.
Buenos Aires.
- Cabrera, A.; Yepes, J. (1940): Mamíferos sudamericanos. Vida, costumbres, descripción. Láminas de D. Carlos Wiedner. 78 Lám., 370 págs.
Comp. Arg. de Editores. Buenos Aires.
- Cardoso, Aníbal (1916): El fabuloso "su" o "sucarath" y los primitivos retratos de los didelfídeos. *Anales Mus. Nac. de Hist. Nat.*, 27: 431-439. Buenos Aires.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1960): Sobre la significación mágica del arte rupestre Nordpatagónico.
Cuadernos del Sur, 3-55. Bahía Blanca.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1965): Rectificaciones y ratificaciones: hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente.
Cuadernos del Sur, 3-146. Bahía Blanca.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1969): Un nuevo panorama etnológico del área pam-pampeana y patagónica adyacente. Prueba etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandíes. 171 págs, mapas. Ed. Museo Nac. de Hist. Natural. Santiago de Chile.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1975): Nota sobre la dispersión, en época histórica, de algunos mamíferos en el ámbito pampeano-patagónico.
En: *Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología*, IX: 111-117. Buenos Aires.
- Cruz, Luis de la (1969): Viaje a su costa del alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de Concepción de Chile, don. . . desde el Fuerte Ballenar, frontera de dicha Concepción, etc. En: *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, II: 45-385. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires.
- Cruz, Luis de la (1969): Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los peguenches y los demás espacios hasta el río Chadileubú. En: *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, II: 401-491. Ed. Plus Ultra, Bs. As.
- Day, Edmundo W. (1881): Itinerario. En: Olascoaga, Manuel J.: *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*, págs. 408-411. Ostwald y Martínez, Buenos Aires.

- De Moussy, V. (1860–1864): Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine. Vol. I (582 págs), II (671 págs), y III (752 págs). Firmin Didot, Paris.
- De Moussy, V. (1873): Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine. Atlas. 22 págs, XXX Pl. Firmin Didot, Paris.
- Furlong, Guillermo (1957): La geografía argentina de José Sánchez Labrador. En: Anales de la Academia Argentina de Geografía, 1: 55–69. Buenos Aires.
- Greslebin, Héctor (1961): Interrogatorios ranquelinos. En: Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, 2: 51–70. Buenos Aires.
- Hudson, Guillermo E. (1956): Días de ocio en la Patagonia. Ed. Agepé, Buenos Aires. 213 págs.
- Larraín, Nicanor (1906): El país de Cuyo. Relación histórica hasta 1872. Ed. Juan Alsina. Buenos Aires, 485 págs.
- Lehmann–Nistche, R. (1902): La pretendida existencia actual del Grypoterium. Revista del Museo de La Plata, X: 271–281. La Plata.
- Lehmann–Nistche, R. (1908): El habitat austral del tigre en la República Argentina. En: Revista Chilena de Historia Natural, XII: 31–40. Santiago de Chile.
- Morales Guiñazú, F. (1938): Primitivos habitantes de Mendoza. Ed. Best Hnos., Mendoza. 310 págs.
- Musters, George Ch. (1871): At home with the Patagonians. A years wandering over untrodden ground from the straits of Magellan to the rio Negro. John Murray, London. 322 págs.
- Musters, George Ch. (1911): Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro. Universidad Nac. de La Plata, Biblioteca Centenaria, I: 127–338. Buenos Aires.
- Outes, Félix F. (1928): Vocabulario y fraseario Genaken (Puelche). Reunidos por Juan Federico Hunziker. En: Revista del Museo de La Plata, XXXI: 261–297. Buenos Aires.
- Olascoaga, Manuel J. (1881): Ver Day, Edmundo W.
- Parodi, Rodolfo (1937): Fauna Argentina, I: Mamíferos. 10 acuarelas, 102 dibujos de P. Magne de la Croix.

Ed. Peuser, Buenos Aires. 235 págs.

Sánchez Labrados, Joseph (1936): Los indios Pampas—Puelches—Patagones.
Viau y Zona, ed. Buenos Aires. 251 págs.

Seymour, Richard A. (1947): Un poblador de las Pampas. Trad. y notas de Justo P.
Sáenz. Edit. del Plata, Buenos Aires. 325 págs.

Valcárcel, Luis E. (1932): El gato de agua. Sus representaciones en Pukara y Nasca.
En: Revista del Museo Nacional, 2: 3—27. Lima.

Vignati, Mileíades A. (1938): Miscelánea etnográfica y toponímica.
En: Notas del Museo de La Plata, III: 125—129 Buenos Aires.

ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA
TOMO XXIX—XXXI (años 1974—76)

I N D I C E

ARQUEOLOGIA		Pág.
FERNANDEZ, Jorge:	<i>Estudios sobre el arte rupestre del Neuquén.</i>	5
SACCHERO, Pablo:	<i>Prospección arqueológica en el Valle del Río Blanco—Jáchal (Prov. San Juan).</i>	37
SCHOBINGER, Juan:	<i>El enterratorio de Uspallata—Usina—Sur (Prov. Mendoza): Estudio de su ajuar funerario.</i>	67
BARCENA, J. Roberto:	<i>Análisis químico y metalográfico de los elementos del ajuar funerario de Uspallata—Usina—Sur.</i>	91
ANTROPOLOGIA FISICA		
BARCENA, J. Roberto:	<i>Antropología Física del Valle de Uspallata, provincia de Mendoza.</i>	109
CASAMIQUELA, Rodolfo:	<i>Novedades sobre la "antigüedad del hombre en el Plata".</i>	184
FOLKLORE Y ANTRPOLOGIA SOCIAL		
PANNUNZIO de MULLE, María D.:	<i>Lagunas del Rosario. Estudio preliminar de una población de zona árida.</i>	206
ETNOHISTORIA		
PRIETO de HERRERA, María del Rosario:	<i>El proceso de aculturación de los Huarpes de Mendoza.</i>	235
NECROLOGIA		
VICENTE ORLANDO AGUERO BLANCH (1918—1975).		271
RESEÑA		
FERNANDEZ, Jorge:	<i>Modificaciones recientes en el habitat de algunos mamíferos pampásico—patagónicos. Implicaciones arqueológicas.</i>	274